

# PENELOPE Y EL NAZI

**T**ODOS los recursos de los que ha usado y abusado la farsa se acumulan en la pieza que se estrenó en el Teatro Maru con el único objetivo de entretener y hacer reír. Son tantos y tales los efectos que se buscan para tan sano propósito, que, aunque algunos fallen, otros la consiguen y se obtiene que el espectador abandone la sala con una sonrisa, aun cuando sea incapaz de hacer una síntesis del enredo que presencié. La acción no deja momento para recapacitar, y, a ratos, el pequeño escenario se convierte en la pista de una carrera loca, en la que intervienen un vicario en paños menores, un soldado disfrazado de vicario, un vicario que es vicario, un obispo en pijama... y un nazi. Porque la farsa de Philip King se sitúa en un pueblo de Inglaterra, durante la última guerra, y cuenta las vicisitudes de la alegre y desprejuiciada esposa de un vicario que para ocultar una inocente escapada al teatro con un viejo amigo de sus tiempos de actriz arma un enredo que ni yo ni nadie es capaz de resumir en pocas líneas.

Lo importante es que las situaciones teatrales se suceden una tras otra, y el agitado ir y venir de los personajes mantiene la atención y la entretenimiento del espectador. Por momentos el tono de la farsa recuerda a las piezas de Labiche y de Feydau, aun cuando no se pueda negar el origen inglés de su humorismo, tan afecto de burlarse de sus clérigos, pastores y vicarios. Una pieza con estas características necesita de intérpretes que mantengan el intrascendente juego en forma constante y una dirección ágil y directa. Si bien en líneas generales el reparto de esta versión dirigida por Miguel Frank logra este objetivo, hay que convenir que quedó mucho limón sin estrujar para sacarle el jugo a esta dislocada farsa.

La dirección de Miguel Frank tiene aciertos y yerros. Entre los primeros está el ritmo de la

pieza, la seguridad en los desplazamientos escénicos, la habilidad para mover a los actores dentro de la limitación del escenario del Teatro Maru. Consideramos un desacierto, en cambio, la estereotipada forma como hace reaccionar a todos sus intérpretes ante el sobresalto, la sorpresa, el miedo o el desconcierto. Una y otra vez los mismos gestos se repiten, los mismos gritos ahogados, igual mímica facial. Con esta falta de recursos, el espectador anticipa la re-acción de los personajes y la situación graciosa se diluye en la repetición.

En el relativamente extenso reparto sobresale nitidamente Pepe Rojas. Su caracterización es sobria, tranquila, precisa. Podría decirse que él es el único que no sobreactúa. Cuando domine la letra de su papel —lo que no ocurría en las primeras funciones— estará, seguramente, excelente.

La interpretación de Susana Bouquet podría analizarse dividiéndola entre su labor en el primer acto y en los dos restantes. En el primer acto su sobreactuación es exasperante. Se mueve, salta de un sillón a otro, gesticula, cambia de tono de voces en forma tal que no se comprende que para dar el carácter vital y alegre de su personaje sea necesaria tal acumulación de ejercicio. Afortunadamente, en los dos actos siguientes se muestra más tranquila, más segura, y revela, nuevamente, las dotes de comediante que se advirtieron en "Crimen a Domicilio" y que requieren, para su exacta valoración, de una mano directiva más firme.

Yoya Martínez está preciosísima, pero sigue siendo la empleada chilena que resulta, por cierto, demasiado exótica en un pueblo inglés. Lila Mayo hace un papel que la destaca como un valor aún no aprovechado dentro del campo de la comedia. Marcelo Gaete, que también cae en el vicio de la sobreactuación, tiene algunos momentos muy felices, al igual que

Gabriel Maturana.

Aun cuando —con la excepción de Pepe Rojas— la interpretación no logra llenar cabalmente las exigencias de esta dislocada farsa, "Penélope y el Nazi" es un entretenido espectáculo que agradecerá a quienes acudan al teatro como a una forma de escapar a los problemas diarios.

SERGIO VODANOVIC

Una escena de "Penélope y el nazi".

